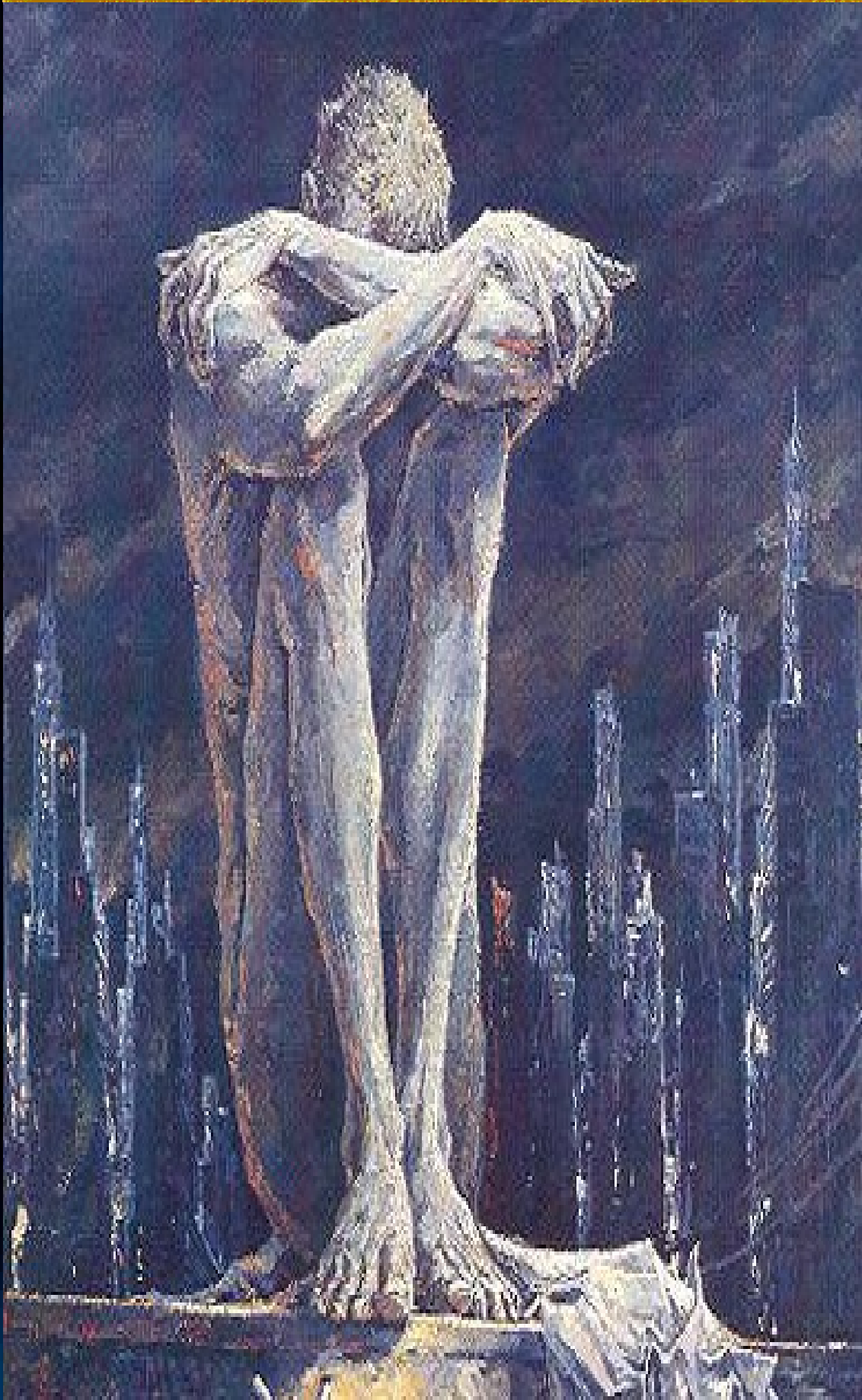


El Inmortal



Adbembow Doe



Nadie supo, ni sabe, por qué, pero es un hecho, soy inmortal.

Un matemático elaboró una teoría para explicarlo. Según él, la evolución se basa en mutaciones biológicas constantes, por tanto era inevitable que apareciera tarde o temprano una que tuviera estas características. Era un asunto de probabilidad.

Un filósofo de tertulia argumentó que, sin duda, había llegado la hora en la que el ser humano diera paso al superhombre -ya lo argumentó Friedrich Nietzsche posteriormente- con capacidad para transformar el mundo. Era, sin duda, un asunto filosóficamente imprescindible.

La abuela más longeva del mundo, interrogada sobre la inmortalidad, respondió que el diablo inventaba constantemente nuevas estratagemas para vencer la fortaleza de los creyentes. Era un asunto de fe.

Los médicos nunca encontraron la causa a este fenómeno. Era un asunto inexplicable.

Sin embargo, para mí, era un asunto cotidiano.

En mi niñez y adolescencia todo fue perfecto. Nunca me hacía daño al saltar o caer. Nunca estaba enfermo de importancia. Veía a los demás como se lastimaban o enfermaban y ello me producía una estúpida alegría al verme exento.

Todo fue bien hasta los cuarenta aproximadamente, me casé, tuve hijos, un trabajo llevadero, lo que se dice una existencia normal. Sí que se comentaba a mi alrededor que era sorprendente lo bien que me conservaba, pero no pasaba de ahí.

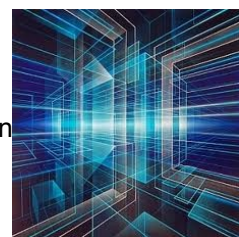
Pero fue a más. Mi esposa y mis hijos envejecieron natural y alarmantemente. Como nadie se explicaba que yo no lo hiciera, en mi entorno, amigos, compañeros y vecinos empezaron a murmurar.

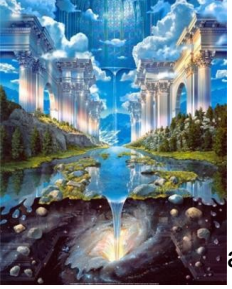
Se lo expliqué a mi esposa y después de un periodo de sorpresa, quejas y llantos, llegamos a un acuerdo. Teníamos que cambiar de vida. A ella también se la hacía insoportable.

Nos fuimos a otro país con la excusa de una excelente oportunidad que me brindaba mi trabajo.

Fue difícil, pero era preferible. Me hice con una identidad nueva y cambié de nombre. Mi esposa pasó a convertirse en mi madre, a la que yo cuidaba, hasta que falleció. Nunca volví a ver a mis hijos. No querían verme. Quizá me reprocharan ser normales.

Pasó el tiempo y se sucedieron los traslados, los trabajos y las relaciones. No volví a casarme, ni a tener una relación duradera con nadie. Aprendí mucho o poco, estudiando diversas disciplinas que no me servían más que para prosperar económicamente, porque socialmente no debía convertirme en alguien notable.





Así transcurrieron años, lustros, décadas...siglos. Veía como cambiaba el mundo a mí alrededor y mi indumentaria con él, pero poco más. Podía elegir con relativa facilidad una forma de vida determinada durante un tiempo. Hacía lo que me apetecía en cualquier momento y eludía pensar. Pero era aburrido y di un cambio a mi vida.

Empecé a ocuparme de asuntos más trascendentes y me obstinaba en darles un sentido, un fin concreto, alguna utilidad clara que justificara mis actos. No sirvió de mucho. Quizá prolongué la vida a alguien o mejoré su entorno, o solucioné temporalmente alguna injusticia, pero aún así todo a mi alrededor seguía igual, la gente a la que ayudaba, moría inevitablemente y desaparecían, sustituidos por otros con los mismos problemas y cuitas.

Di conferencias y cree centros de concienciación, intentando transmitir mi conocimiento y experiencia, pero fue igualmente vano. Mis seguidores morían y su legado, languidecía con el tiempo.

Y llegó una época de grandes cambios tecnológicos y sociales. En principio me pareció un periodo excitante y difícil de seguir, quizá la oportunidad para intervenir y transformar un mundo en el que yo pudiera compartir sin restricciones mi vida con los demás. No fue así. El mundo se transformó pero resultó más amenazante, con mayores controles sobre la población. Gracias a los avances cibernéticos, la identidad y la vida de una persona estaban a disposición de todos y las empresas comerciales o los gobiernos estrecharon un círculo de identificación y clasificación, que se volvió peligroso para mí. No quería convertirme en ejemplar de estudio ni en fenómeno biológico.

En vez de aprovechar estos cambios como los demás, me vi obligado a huir a zonas más atrasadas tecnológicamente, mientras estudiaba mi adaptación al nuevo mundo.

Recurrí a mis considerables fondos para crear una empresa tecnológica que participara e incluso dominara el nuevo entorno. La mejor forma de ocultarte, es entre ellos. Recurrí a la cosmética y la cirugía, ya muy avanzadas, para crear un *alter ego* sucesivo que dirigiera el emporio, ya que era inevitable mi presencia en ocasiones y de esa manera me relevaba a mí mismo periódicamente.

Había conseguido ocultarme pero todo seguía igual, los males afectaban a más personas, pero eran los mismos males. Y yo seguía siendo un pobre ser solitario.

Me dí cuenta de que lo que me apartaba de los demás era mi miedo. Pero él me mantenía libre. Libre para acumular riquezas y fracasos. En ese momento era dueño de grandes corporaciones tecnológicas y financieras, las más grandes del mundo y las usé para hacer avanzar el desarrollo en navegación y colonización espacial, buscando, quizá, encontrar otro mundo más favorable a mi circunstancia.





El Inmortal

Lo logré. Pasaron siglos y en mi planeta natal, se olvidaron de mí.
Ahora en mi nuevo mundo me llaman... *Dios*.
A ellos y a mí, nos es suficiente. Así sea.

